

### CAPITULO III.

Sensible decaimiento que se observa en todos los soberanos de la casa de Austria.—Artes liberales.—Su apogeo y su decadencia.

Si las continuas guerras del primer monarca de la casa de Austria fueron altamente perjudiciales para la nación bajo el punto de vista de que agotaron todos los recursos de la nación, consumiendo sus brazos más útiles y esterilizando todos sus medios de vitalidad, en cambio nos proporcionaron la gran ventaja de poner á los ingenios españoles en relacion íntima con los de otros países, permitiéndoles así instruirse y tomar de su ilustración lo que mejor pudiera convenir ó lo que más en relacion estuviera con su carácter y con sus costumbres, acomodándolo luego y modificándolo como al carácter español conviniera.

Especialmente en la cultura Italia tuvimos ocasión de aprender, y de que se hicieran en nuestro país útiles aplicaciones de lo que se había aprendido.

Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael y tantos otros inspirados, son estudiados afanosamente por los artistas españoles que, acudiendo allí á enriquecerse en conocimientos, al regresar más tarde á su patria principian por ser imitadores de lo que han visto, para concluir, finalmente, siendo originales, estableciendo escuelas propias.

Carlos V, que, si fué un gran soldado y un excelente general, no se olvidó tampoco de las demás condiciones que constituyen á un gran rey, gustábale de proteger y fomentar todo lo que pudiera contribuir á dar mayor lustre y mayor nombre á su reinado, y las artes fueron atendidas por él y por él protegidas de un modo especial.

Fácilmente puede comprenderse por el rasgo que encontramos en la vida del Emperador, viéndole bajarse al suelo para recoger el pincel que á Ticiano se le había caído, toda la importancia y todo el respeto que aquel Monarca que traía inquieta y revuelta á toda la Europa, profesaría á los artistas, y nos representa, como dice perfectamente un historiador de nuestros días, una figura más grande, más noble, más digna, que cuando ganaba con su espada una victoria sangrienta ó sujetaba á su cetro un reino arrancándole su independencia y libertad. Testimonio notable del grado á que se elevó la arquitectura, la escultura y el buen gusto que reinaba en aquella época, hemos alcanzado en nuestros días con los delicados trabajos y los preciosos relieves del suntuoso palacio que el Emperador hizo construir dentro del recinto de la Alhambra de Granada, cual si hubiera querido presentar el contraste entre el genio y el gusto de la arquitectura moderna y el gusto y el genio de la arquitectura árabe de la Edad media: el salon llamado de Embajadores.

No concluida quedó en la época del Emperador aquella obra, y despues sus sucesores la desatendieron, la descuidaron, y la impía y profana mano de los hombres, más destructora y perjudicial que la misma acción del tiempo, ha ido destruyendo obra que tan importante hubiera sido, ofreciendo un cuadro palpitante, por el mismo lugar en que empezó á construirse, de aquella laboriosidad, de aquella paciencia y de aquella delicadeza arábigas, con la incuria, el abandono y la desidia de los españoles, incuria y desidia que, aun cuando con gran pesar nuestro, no podemos menos de reconocer y confesar, pues no es posible cerrar los ojos á la evidencia.

Y no era solamente en las obras de pura ostentación en las que el Emperador demostró la mucha estima que tenía al arte, hermanándolo con la pública utilidad.

El canal imperial de Aragón y las tentativas hechas por el famoso Blasco de Garay, prueban de un modo exacto lo que acabamos de decir.

Del mismo modo que para la literatura, según tenemos manifestado ya, fué de suma importancia el cambio radical producido en España con el advenimiento de la casa de Austria, las Bellas Artes debieron también en gran manera el haberse elevado á la altura que lo hicieron, descendiendo lamentablemente con el último descendiente de aquella raza, que tuvo el raro privilegio de arrastrar en su decadencia todo aquello que de ella misma había recibido animación y vida, como si no quisiese dejar en pos suyo rastro de su existencia.

Felipe II, á pesar de que no era su carácter á propósito para la protección de las artes, que necesitan que haya un genio que las comprenda, y que comprendiéndolas las proteja, siguió su reinado fomentándolas, aun cuando por medios diversos de los que su padre había empleado.

Fisonomía completamente distinta nos ofrecen los dos reinados del padre y del hijo, así como igualmente nos la ofrece cada uno de los tres soberanos que le sucedieron; pues realmente el carácter de cada uno prestó fisonomía especial á la época en que reinaron.

Así como en el interés político de Felipe II estuvo que los ingenios se distrajeran con los inofensivos gozes de la amena literatura, á fin de que no se lanzaran en otros caminos más peligrosos, merced á lo cual alcanzó aquella constituir el verdadero siglo de oro de la literatura patria, su fervor religioso llevóle á proteger las artes liberales, y el famoso monasterio del Escorial, á la par que prestó ancho campo al inolvidable Herrera, al célebre arquitecto

que concibió el soberbio plano, dió trabajo á los más famosos pintores de la época, todos los cuales acudieron á dejar su óbolo en aquellos claustros, en aquellas galerías, en aquella suntuosa obra, en fin, designada con más ó ménos fundamento como la *Octava Maravilla*.

Parecía lógico que siendo tan colosal el impulso que habían recibido en España las Bellas Artes, prosiguiera este movimiento aumentándose en los reinados sucesivos; pero no fué así, sino que en realidad puede decirse que donde se mostró algo más vigoroso y potente fué en el de Felipe IV, puesto que su antecesor, mitad devoto, mitad aficionado á los placeres, abandonando por completo la gobernación del Estado en manos de favoritos que á nada atendían más que á su propio acrecentamiento, no era posible que prestase, como realmente lo hizo, apoyo ni influencia á los artistas.

Las aficiones literarias de Felipe IV por una parte, y el ridículo y pueril orgullo del conde-duque de Olivares por otra, que también anhelaba ser cantado por los vates de su época, como si se tratara de celebrar un genio, influyeron para que, lo mismo el movimiento intelectual que el adelanto de las Bellas Artes, fueran sosteniéndose algun tanto.

El arte dramático alcanzó bajo aquel reinado una altura extraordinaria, puesto que siendo el Rey tan aficionado á él, su misma protección le prestaba alas para elevarse.

Por otra parte, la vanidad contribuyó de un modo pasmoso para que la pintura y los pintores de aquel tiempo alcanzaran una consideración muy superior á la que desde el reinado del Emperador habían tenido.

Tuvo este Monarca la pretensión de que los más célebres artistas de sus dominios, lo mismo españoles que flamencos y que italianos, fueran trasladando al lienzo su persona en las distintas fases de su existencia, así como también infatuado con aquel dictado de Grande que su ministro se empeñó en darle, quería que todas las empresas ó todos los acontecimientos que en mayor ó menor escala pudieran halagar su amor propio, pasasen á las edades venideras consignadas en el lienzo con el pincel, como si todas fuesen dignas de esta honra.

De aquí, como dice un historiador moderno, que la historia de Felipe IV se muestre con todas las alteraciones ó modificaciones que la edad iba introduciendo en su persona, pintadas por mano del inmortal Velázquez, gloria de nuestro país, lo mismo que su discípulo Murillo que por el mismo tiempo floreció, y tantos otros como ilustraron este siglo.

El Monarca hizo que de igual manera trasladasen al lienzo las escenas íntimas de su familia, y en nuestro museo nacional admiramos todos los cuadros del inspirado artista, hechos bajo el patrocinio de un monarca amante de las artes, y que con su vanidad pueril prestaba á los artistas repetidas ocasiones de distinguirse.

Los hechos de armas y las glorias militares de los primeros años de su reinado, dice Lafuente, las campañas del Monferrato y de la Alsacia, la hazaña y victoria de D. Fernando Giron sobre la armada inglesa cerca de Cádiz, el triunfo de Nordinghen, la famosa batalla de Fleurus, y otros ménos célebres de las guerras de su tiempo, quedaron transmitidos á la posteridad por los delicados y expresivos pinceles de los insignes artistas Leonardo, Carducci, Velázquez, Rubens y Van-Dyk.

Con delicia y encanto se verán y contemplarán siempre los retratos y cuadros religiosos y místicos de Zurbaran, los severos é imponentes del Españolito, las novísimas vírgenes de Murillo, las hermosas flores de Arellano y Vender Hamner, y las obras maestras de Alonso Cano, pintor, arquitecto y escultor, lumbreras artísticas de aquel reinado, junto con otros que figuran con honra al lado de estos preclaros genios, y de cuyas producciones inmortales están llenos nuestros museos y los palacios de nuestros reyes, como los palacios y los museos de otros monarcas y de otras naciones.

Fué, pues, aquél el siglo de oro de la pintura, como lo fué de la literatura el de Felipe II.

Sin embargo, bien pronto comenzó á decaer, y los últimos años del reinado de Felipe IV vieron ya aquel decaimiento que se acentuó de un modo poderoso en el del último desventurado y débil monarca austríaco.

Efectivamente, del mismo modo que las letras, que las armas, que todo cuanto constituye la vitalidad y la gloria de un pueblo, las Bellas Artes languidieron entre las cortesanas intrigas del P. Nithard y de D. Juan de Austria, entre los hechizos del Rey y las intrigas de la corte alemana y de la francesa, y la escuela de pintura formada en Sevilla para los artistas que sobrevivieron á Velázquez y á Murillo, cesó de existir, tanto por la falta de discípulos que quisieran aprender, como por la de maestros que pudieran enseñar.

Las letras y las artes, siguiendo la suerte común de la nación, despues de haber llegado á su apogeo con la casa de Austria, decayeron del mismo modo que decaía la misma dinastía que les prestara tan poderoso aliento.



D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

## CAPITULO IV.

Distinta política seguida por cada uno de los monarcas de la casa de Austria.—Sus consecuencias. •

**H**EMOS dicho que el gran defecto de Carlos V había sido el de ser más flamenco que español, el de tener en más estima la corona del imperio que la de España, sin pensar que de ésta sacaba los recursos para sostener las guerras que aquélla le proporcionaba.

Rodeado de flamencos, que trataron á España como á país conquistado, al cual venían á enriquecerse, concitaron contra sí el odio y la animadversión de los españoles, odio y animadversión que hubiera llegado á hacerse extensivo al mismo Monarca, á no ser el pueblo español tan afecto y tan amante de sus reyes.

Sin embargo, las consecuencias de la torpe conducta del Emperador en este primer período de su existencia hubieron de tocarse muy pronto, y la guerra de las *Comunidades* demostró el error en que incurriera el Monarca.

Felizmente para él, las ambiciones de los mismos caudillos de la rebelión allanaron el camino para vencerla; pero, de todos modos, recibió una advertencia que procuró inutilizar dando un golpe de muerte á las libertades castellanas, golpe que, como hemos dicho en otra parte, completó su hijo Felipe II con la muerte de Lanuza.

Educado Carlos en otra escuela, no eran sus principios políticos, digámoslo así, los más á propósito para gobernar un pueblo acostumbrado á disfrutar de ciertas franquicias y libertades.

Carlos procuró enmendar el primitivo yerro; mas á pesar de todo, sus oficiosos flamencos subsistieron siempre, y tuvo en más sus grandes planes políticos del exterior, que la administración, el gobierno y el bienestar interior.

España le perdonó el que le arrebatase los mejores de sus hijos para llevarlos á combatir á lejanas tierras en gracia de la gloria y del renombre que alcanzaba; pero en cambio de eso sus verdaderos gérmenes de riqueza estaban agotados; la agricultura arrastraba una existencia lánguida y triste; y todos los propósitos y mejoras introducidas por los Reyes Católicos en pro de España, se esterilizaron, ó, por lo ménos, no siguieron la progresión que debían.

Si por el momento no pudieron tocarse las consecuencias de la marcha política del Emperador, porque el brillo de sus victorias ofuscaba la vista, más tarde hubieron de tocarse, cuando al brillo de los triunfos sucedió la vergüenza de los desastres.

Fisonomía totalmente distinta nos ofrece el reinado de Felipe II. Éste ya es mucho más español que flamenco; pero, sin embargo, empeñado en la misma serie de guerras que su padre le dejó inauguradas, y creando otras nuevas por efecto de su exagerado celo religioso, continuó el empobrecimiento de la nación, á pesar de los inmensos tesoros que los descubrimientos hechos en los dos reinados anteriores estaban produciendo.

La misma funesta rivalidad del Imperio con Francia sostúvose por Felipe II, y mucho más ambicioso que su padre, siguiendo una política totalmente distinta de la de éste, no por eso fué con ello más beneficioso para su país.

Suspiaz, astuto, artero, lleno de dudas, de vacilaciones, tenebroso en sus propósitos, tardó y hasta inconveniente en realizarlos, aspirando á manejar desde su gabinete de estudio la política europea, poco escrupuloso en los medios que empleaba para realizar sus designios, más atento á los conflictos que su misma conducta provocaba en el exterior que á las mismas necesidades que en el interior existían, entre los autos de fe, las desastrosas guerras de Flándes, sus desdichadas empresas contra Inglaterra y sus desatentados proyectos respecto á Francia, acabó de esterilizar lo poco beneficioso que nos había legado el reinado anterior.

Lleno de desconfianzas, ocupándose de las cosas más nimias con preferencia á veces á los más arduos asuntos, sin escuchar ni seguir las opiniones más experimentadas, envidioso de los elogios y glorias ajenas, Felipe II acabó la obra que con otras aspiraciones y otros medios de ejecución había comenzado su padre.

Es verdad que conseguimos el famoso triunfo de Lepanto; pero en cambio quedó destruida nuestra armada *Invencible* por la torpeza que presidió en el nombramiento de jefe, y por las dudas y vacilaciones, segun en otro lugar hemos indicado.

Es cierto también que ganamos Portugal, pero de tal manera se hizo aquella adquisición, que no era difícil adivinar su pérdida para un plazo no muy lejano.

Donde quiera que nuestros soldados sentaban su planta obedeciendo las instrucciones de Felipe II, podíamos estar seguros de tener un pueblo sujeto, pero no amigo y leal.

Felipe, persiguiendo con un encarnizamiento inexcusable á los servidores que más lealtad le demostraran, dejó trazada una nueva senda por la que sus sucesores habían de lanzarse más tarde, premiando los buenos servicios con terribles ingratitudes.

Monarca más absoluto todavía que su padre, las pocas libertades que en el reino quedaban sucumbieron á sus manos, y desde aquel momento la voluntad del Monarca ó la de sus favoritos fué la suprema ley.

Felipe II tuvo la desdichada suerte de gastar todos los guerreros ilustres, de inutilizar aquellos bravos soldados terror de todos los ejércitos de Europa, y de empobrecer doblemente el país, dejando á su sucesor un nuevo caos de guerras, á las cuales tenía que serle sumamente difícil atender, falto de generales, sin soldados ni re-

ursos, con dominios extensos apartados de la metrópoli y con la enemistad de la mayor parte de las grandes potencias.

El genio del Emperador primero, y su política de astucia y sutilezas por otra, habían podido ir sosteniendo la monarquía sin grandes adelantos, aunque sin grandes pérdidas, y todavía al morir Felipe II pudo ver que el sol jamás desaparecía de sus Estados, pero sus sucesores no podían ya decir lo mismo.

La negligencia de Felipe III y el abandono de Felipe IV dejaron perder pingües posesiones; nuestras flotas eran apresadas por aquella innumerable serie de enemigos que nos habían legado los dos reinados anteriores; nuestros ejércitos se veían obligados á referir derrotas, cuando antes sólo registraban victorias, y en resumen, la decadencia comenzó á manifestarse de un modo tan patente, que no era difícil adivinar lo que había de suceder.

Dijimos ántes que Felipe II había dado el ejemplo de las grandes ingratitudes respecto á los servidores leales, y aún cuando no eran nuevas éstas, pues Carlos V había cometido la más insigne con el cardenal Giménez de Cisneros, realmente Felipe II lo extremó, continuando sus sucesores por el mismo camino.

Precisamente en medio de los desastres que estábamos experimentando por doquiera, cuando el marqués de Hinojosa, gobernador de Milan, acababa de negociar un tratado con el duque de Saboya, tratado hecho por mediación de Venecia y la Inglaterra y bajo garantía de Francia, tratado que llenó de indignación á la corte, obligándole á enviar en reemplazo del de Hinojosa al marqués de Villafraña. Gobernaba en Nápoles con el título de virey el ilustre duque de Osuna.

Las reformas por él introducidas, su gran capacidad, su elevación de pensamientos, su reconocida habilidad, su decidido amor patrio, su esplendidez y su magnificencia, habíanle granjeado el respeto y el cariño del pueblo, teniendo ocasion de prestar grandes servicios á su país en los mandos que había ejercido.

El duque de Osuna, lo mismo que el marqués de Villafraña y que el de Bedmar, embajador en Venecia, comprendían que el peor enemigo que España tenía era la república de Venecia, y formaron el propósito de abatir su poder vengando así el daño que la república comerciante había hecho á su patria.

La paz de Pavia, llamada así porque en esta ciudad se firmó el tratado en 1617, obligaba al gobernador del Milanesado á licenciar su ejército; pero éste lo eludía bajo toda clase de pretextos, pues, como ya hemos dicho, estaba de acuerdo con el duque de Osuna y el marqués de Bedmar, que no tenían otra idea que la de humillar la preponderancia veneciana.

Alma de toda esta conjuración lo era el sagaz, discreto y activo escritor D. Francisco de Quevedo y Villégas, que apenas paraba en ninguna parte, haciendo repetidos viajes, bien á Madrid, bien á Roma, y aún á la misma Venecia, corriendo graves peligros y desempeñando las misiones que se le confiaban con una felicidad y un acierto extraordinarios.

Intimo amigo y confidente leal y honrado del duque de Osuna, su figura destaca poderosamente al lado de las de los tres magnates de quienes hemos hablado ya.

Los uscoques, famosos piratas á quienes protegía el de Osuna, causaban daños de consideración al comercio veneciano; los tercios del virey de Nápoles, ayudando al marqués de Villafraña, prestábanle mayores fuerzas, y finalmente, las escuadras armadas por el ilustre Duque perseguían de tal modo las naves de la república, saqueaban sus islas y amenazaban de tal manera á la misma capital, que ésta se hallaba llena de temor y consternación.

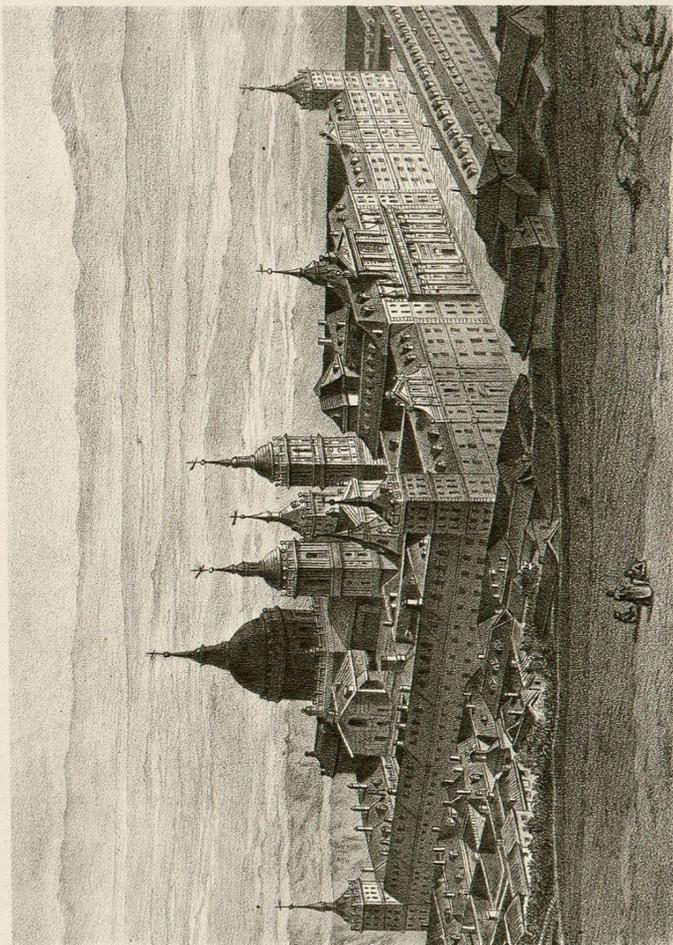
Lógico era que la orgullosa república tratara de vengarse de quien de tal modo la perjudicaba, y en su consecuencia, las intrigas dieron comienzo esparciéndose la voz de que el duque de Osuna intentaba alzarse con el reino de Nápoles, que había el proyecto de volar los principales edificios de Venecia, para cuyo efecto habían entrado en la ciudad una porción de aventureros, produciéndose de aquí un motín en el cual se insultó al embajador de Venecia, marqués de Bedmar, que se vió obligado á salir de la ciudad corriendo graves peligros durante aquella noche de angustia.

D. Francisco de Quevedo vióse obligado á cubrirse de harapos y á fingir admirablemente el acento italiano para desorientar á los mismos esbirros que le rodeaban.

España, para desagradar á la república, separó al Marqués de aquella embajada, aún cuando concediéndole el importante puesto de primer ministro en los Países-Bajos; pero al duque de Osuna, sin tener en cuenta sus servicios anteriores, se le quitó el virreinato, se le encarceló más tarde, sufriendo igual suerte su fiel amigo y confidente el poeta Quevedo.

Este premio que fueron dando los monarcas de la casa de Austria á sus más leales servidores, fué acentuándose cada vez más hasta Carlos II, puesto que siendo el favoritismo lo que respecto á ellos imperaba, lógico era que los validos atendiesen más bien á sus simpatías ó á sus vengativos afanes, que á la justicia y á los verdaderos merecimientos.

De aquí aquel vacío que se advirtió en los últimos momentos de la dinastía austriaca, y favoreció tanto á la casa de Borbon.



L. VIAL, Dms. 21.

J. SEPPA, Jr.

EL MONASTERIO DEL ESCORIAL.